

llevará a los excelsos montes cantando salmos alegres: *Super excelsa mea deducet me victor in psalmis canentem*. (Habac. 3, 19.) Y vosotros, ángeles santos, que en este lugar asistís en multiplicados coros, ayudarnos á celebrar este triunfo, y entretanto que nosotros ofrecemos devotos incienso, ofreced vosotros al Altísimo nuestros deseos: con las expresivas manifestaciones de gozo y reconocimiento queremos protestar nuestra fe viva y el fuego de amor divino que arde en nuestros corazones; avivad más esta fe, encended más este fuego, haced con nosotros un mismo coro, y no, no ceséis de cantar, si vieis tal vez que nosotros interrumpimos las voces mezclando lágrimas dulces, bien sean de ternura, ó bien de pena, por el Dios que no vemos. Nosotros bien advertimos que va triunfando entre los que somos sus esclavos; pero es imposible el verle: ¡oh qué ventura la vuestra! No obstante, iremos clamando al Hijo de David, cerrados los ojos como el ciego del Evangelio: acompañad nuestros clamores con vuestra protección: y si en día de tanto júbilo pregunta el Señor qué queremos: *Domine, ut videam*: decidle, que nuestros deseos son de verle. ¡Oh! quiera Dios que así sea!

LA EUCARISTÍA COMO MISTERIO

*Memoriam fecit mirabilium suorum,
miserentia et miserator Dominus: eorum
dedit timentibus se.*

Dejó memoria de sus maravillas, el Señor misericordioso y compasivo: dió sustento á los que le temen.

(SALMO CX, 4, 5.)

La fe en la Eucaristía, hermanos míos, es la fe que han guardado todos los cristianos, han confesado todos los mártires, han enseñado todos los doctores; es la fe que todos los obispos han profesado, todos los apologistas han defendido, y que ocho concilios generales han confirmado. Esta ha sido la fe de todos los siglos, de todos los tiem-

pos y de todos los lugares. Y, no obstante, la Eucaristía es el más incomprendible de todos los misterios cristianos; y una de las razones porque se le llama el misterio de fe por excelencia, *mysterium fides*, porque es el misterio que exige los mayores esfuerzos de la fe, el que más ejercita y somete á mayores pruebas la misma fe.

Pero reconociendo y confesando todo esto, afirmamos que el dogma de la Eucaristía es tanto más razonable cuanto más incomprendible, y tanto más admirable cuanto parece más increíble.

En efecto; la razón no inventa lo que no comprende. Lejos de poder inventarlo la razón, cuando no tiene de ello idea alguna, rechaza cuando se le propone todo lo que es superior á ella; así como la sensibilidad se rebela contra todo lo que le atormenta. Así, pues, lo que es incomprendible al hombre, no ha podido nacer en el espíritu del hombre, no ha podido tener al hombre por autor, no ha podido ser imaginado, inventado ni forjado por el hombre, y por consiguiente ha sido revelado necesariamente por Dios.

Pues bien, la doctrina de la Eucaristía es y será siempre una doctrina incomprendible, y por consiguiente es indudable que no ha podido nacer en el espíritu del hombre, sino que es el pensamiento de la sabiduría de Dios, la obra de su poder, la revelación de su bondad y la palabra de su amor. ¡Cuántas bellezas y armonías descubrimos en la Eucaristía! Hoy, hermanos míos, quiero solamente fijarme en la Eucaristía en cuanto es un misterio, y haceros ver cómo de este misterio incomprendible para nosotros y rodeado de obscuridades por todas partes, brota hermosa y copiosísima luz, que ilumina los misterios de nuestra fe, siendo por lo mismo el sostén, la gloria y la aureola resplandeciente del dogma católico. *Ave María*.

Todo el dogma cristiano, hermanos míos, se resume en el gran misterio de la Encarnación. Pues bien; la Eucaristía es la renovación perpetua, la aplicación personal, y, por consiguiente, el complemento de este delicioso misterio.

En efecto, por las palabras de la consagración de la Eucaristía, convirtiéndose la substancia del pan en la substancia del cuerpo de Jesucristo, este divino Salvador es en cierto modo producido y engendrado de nuevo en ella. Esto hizo exclamar á San Agustín: «¡Oh admirable dignidad del sacerdote! Pues que por estas palabras que él pronuncia por orden de Dios: *Este es mi cuerpo*, el Hijo de Dios se encarna en sus manos, como se encarnó en otro tiempo en el seno de la Virgen por aquellas palabras que por inspiración de Dios dirigió ella al ángel: *Hágase en mí según vuestra palabra*.» Esto hizo decir á San

Ambrosio «que Jesucristo, no solamente se encarna, sino que renace en su sacramento; y esto mismo hizo afirmar á otro Padre que la consagración eucarística hace del Hijo de la Virgen el parto de los labios del sacerdote: *Partus Virginis est factus labiorum!*

Nada es más exacto que esto. El nacimiento no es otra cosa que el origen de un ser viviente de otro ser viviente, en la semejanza de la misma naturaleza. Pues bien; Jesucristo es reproducido vivo en el pan consagrado, y es reproducido en la semejanza de la naturaleza humana y de la operación divina del sacerdote, que obra como hombre y habla como Dios; así como nace siempre vivo del seno del Padre en la semejanza de su naturaleza divina; y como nació también vivo del seno de la madre en la semejanza de su naturaleza humana. Por consiguiente, un verdadero nacimiento del Verbo de Dios se verifica en las manos del sacerdote que consagra la Eucaristía, así como se verificó en el seno de la Virgen y en el seno de Dios.

La fe católica, hermanos míos, reconoce tres nacimientos diferentes del Salvador. El primero tuvo lugar en el cielo, antes del principio de los tiempos; el segundo tuvo lugar en la gruta de Belén, en la plenitud de los tiempos, y el tercero ha tenido y tendrá lugar en el altar, hasta el fin de los tiempos. El primero es eterno, el segundo fué temporal, y el tercero será perpetuo.

Por su primer nacimiento Jesucristo nació Hijo de Dios, en forma de Dios: *Qui cum in forma Dei esset* (Phillip., II), contra la blasfemia de Arrio, que hizo de él un hombre; por el segundo nació hijo del hombre con la forma de siervo: *Formam servi accipiens* (Ibid.), contra la blasfemia de Marción, que hizo de él un fantasma; por el tercero nace siempre el mismo, verdadero alimento del alma, bajo la forma de pan: *Caro mea vere est cibus* (Joan., VI), contra la blasfemia de Calvino, que no ve en la Eucaristía más que un signo y un juego.

En el primer nacimiento, el Verbo divino es engendrado como un término del nacimiento de Dios; en el segundo, como el fruto de las entrañas de María; en el tercero, como el efecto de las palabras del sacerdote.

El primer nacimiento se verifica por una emanación permanente, el segundo por una concepción divina, y el tercero por una transubstanciación milagrosa. ¡Oh bellas y magníficas armonías del dogma cristiano!

Mas de estos tres nacimientos, el nacimiento eucarístico es el que nos toca más de cerca y el que nos es más propio y más personal.

Por su primer nacimiento, el Verbo de Dios, encerrado en el seno

del Padre eterno, permaneció, durante toda una eternidad que precedió á la creación del hombre, extraño al hombre. Por su segundo nacimiento, sólo habitó durante el corto espacio de algunos años con un solo pueblo, en un rincón de la tierra. Por su nacimiento eucarístico, se encuentra, dieciocho siglos ha, en todos los puntos de la tierra, aun los más oscuros; conversa con todos los pueblos cristianos, aun los menos civilizados, y con cada cristiano en particular, y permanecerá de este modo hasta el fin del mundo.

Siendo así que el Verbo divino por su primer nacimiento no salió del seno de su Padre, y permaneció en las profundidades de la naturaleza divina, no pudo ser conocido sino al través del enigma de sus obras. Cuando por su segundo nacimiento apareció como hombre en medio de los hombres, se le pudo conocer, verle, oírle y conversar con él en persona; pero sólo por su tercer nacimiento es posible unirse intimamente á él, alimentarse de él e identificarse con él; porque por la comunión eucarística no se da él en figura, sino en verdad; no se da de un modo místico, sino de un modo real; no se da por una emanación de su gracia, sino por la comunicación de su persona.

Por la encarnación no se unió más que á nuestra especie, y por la Eucaristía se une á cada uno de sus individuos; por la encarnación contrajo un verdadero parentesco con nuestra naturaleza, y por la Eucaristía entra en los límites de nuestras personas. La Encarnación fué una especie de comunión general de la naturaleza divina con toda la humanidad, y la comunión eucarística es una especie de encarnación personal por la que el Hombre-Dios se une de la manera más íntima á cada hombre en particular. Recordemos que en la antigua Iglesia los cristianos y los obispos, en señal de unidad en la misma creencia, se enviaban mutuamente el pan consagrado. No se consideraba que confesaba una misma doctrina sino el que participaba de la misma comunión; porque, así como el símbolo es la comunión de los espíritus, la comunión es el símbolo de los corazones. Según el bello pensamiento de un piadoso y sabio obispo, la Eucaristía es respecto á la encarnación lo que el dogma de la Providencia es con respecto á la creación. La Providencia, que nos conserva, no es otra cosa que la misma acción del Dios criador, ó la creación misma, extendida, aplicada y particularizada á cada uno de los hombres; y la Eucaristía es la misma acción del Dios redentor, extendida, aplicada y particularizada á cada uno de los cristianos. Sin la Providencia la creación hubiera sido imperfecta, y, por decirlo así, cuasi vana; porque ¿de qué nos hubiera servido haber sido criados, si el mismo poder que nos dió el ser no hubiera cuidado de conservárnosle? Y sin

la Eucaristía parece que la redención hubiera dejado mucho que desear; porque, no sólo tenemos necesidad de ser redimidos, lo que se verificó por la muerte de Jesucristo, y de que se nos aplicase personalmente el beneficio de esta redención, lo que se hace por el bautismo, sino que necesitábamos también un medio poderoso y eficaz para mantenernos siempre en las condiciones sobrenaturales y divinas en que la redención nos colocó, y para vivir una vida sobrenatural y divina, lo que sólo se verificó por la Eucaristía. Luego, así como la Providencia es el último término del amor del Dios criador, la Eucaristía ha sido, dice el evangelista San Juan, el último término, el *non plus ultra*, del amor del Dios redentor: *Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.* (Joan. XIII.)

Esto es lo que San Pablo llama, como hemos dicho ya, las profundidades de Dios: *Profunda Dei*; los grandes é inescrutables misterios de Dios, que contienen toda la obra de Dios y toda la esperanza para el hombre, y que reúnen en un todo armónico y completo todas las relaciones entre Dios y el hombre. Quitad el misterio de la *presencia real*, y este inefable todo, esta sublime armonía, cesa, y parece que falta una cosa á las manifestaciones de la bondad de Dios, á la perfección, á la felicidad y á los consuelos del hombre. Ved aquí cómo el misterio de la Eucaristía es el complemento, no sólo del misterio de la Encarnación, sino de todos los misterios y de todas las obras de Dios.

Mas, por lo mismo que la Eucaristía completa estos inefables misterios, estas grandes obras; las prueba también, las persuade y es el Memorial divino de ellas, como la llama Santo Tomás; el Memorial perpetuo, permanente, siempre antiguo y siempre nuevo, que mantiene siempre presente su memoria, siempre poderosos sus atractivos, siempre vivas sus esperanzas, siempre activo y fecundo su amor en los corazones: *Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus; escam dedit timentibus se.* Esto consiste en que, por la Eucaristía, los efectos generales de la encarnación se repiten en cada cristiano que la recibe.

Por la encarnación se establece una unión íntima entre la naturaleza divina y la naturaleza humana. En Jesucristo, la humanidad tomada en la persona divina del Verbo, comienza á vivir, en el Verbo y por el Verbo, una vida divina; y por la Eucaristía el cristiano se une á Jesucristo de la manera más íntima y más perfecta, por la unión que resulta de la manducación, por la que la cosa comida se transforma en la substancia del que la come; de modo que, después de la unión hipostática de la persona del Verbo con su humanidad, no hay

una unión más íntima ni más perfecta que la de Jesucristo con el cristiano que comulga; de modo que por esta misma comunión, como nos lo enseña el mismo Jesucristo de la manera más clara, más explícita y formal, el cristiano que comulga permanece en Jesucristo, como Jesucristo permanece en él, y vive en Jesucristo y por Jesucristo, vive con la misma vida divina de Jesucristo: *Qui manducat me, in me manet et ego in eo, et ipse vivet propter me.* (Joan., VI.) Unidos de la manera más íntima al viejo Adán, representados en él y encerrados todos en él, como una raza entera se encierra en su cabeza; habíamos pecado en él y con él; su corrupción había pasado á nosotros, se había infiltrado hasta la médula de nuestros huesos, nos había invadido, nos había viciado enteramente, no sólo con respecto al espíritu y al corazón, sino también con respecto á la carne y á la sangre. Para ser regenerados y curados teníamos necesidad, dice San Bernardo, de que el nuevo Adán se uniese íntimamente á nosotros y se comunicase á todo nuestro ser. Pues bien: esta unión, que comienza por el bautismo, se completa por la Eucaristía, á la que se refieren todos los sacramentos. Pues por la comunión el Salvador se une, no sólo á nuestro corazón y á nuestro espíritu, sino también á nuestra sangre y á nuestra carne; él ocupa todo nuestro ser, y el Dios que crió á todo el hombre, que redimió á todo el hombre y que glorificó á todo el hombre, identifica con él á todo el hombre y lo convierte en sí mismo. Y Bossuet ha dicho igualmente: «En la Eucaristía el Hijo de Dios, tomando la carne de cada uno de nosotros, comunica á nuestro ser las cualidades divinas del suyo, y consigue de este modo el objeto final de la religión sobre la tierra.»

Por la encarnación Jesucristo reconcilió los hombres con Dios y los hombres entre sí, y formó de ellos una familia, una sociedad de hermanos, que tienen á Dios por padre. Por la comunión se repite continuamente el mismo misterio. Es verdad que, si hemos perdido la amistad divina por nuestros pecados después del bautismo, sólo por la absolución sacramental volvemos á estar en gracia con Dios; pero también es cierto que el cristiano no acaba de sentirse ni de creerse en estado de gracia con Dios y perfectamente reconciliado con él sino cuando, con el permiso que para ello le da el ministro de Dios, se acerca á la sagrada mesa; y que el gozo que estas palabras del sacerdote: *Yo os absuelvo*, producen en el alma del penitente, no se completa sino por estas otras palabras: *Id á comulgar.* Al recibir á Jesucristo es cuando el cristiano, que acaba de borrar sus culpas con las lágrimas del arrepentimiento, no tiembla ya como enemigo de Dios, no se mira ya como extraño á Dios, sino que se considera como

su amigo y su hijo, reintegrado en todos sus derechos a los abrazos, á los besos y á las ternezas de Dios. Sólo entonces su confianza es entera y su seguridad perfecta, sólo entonces es cuando la paz de Dios lo posee y el consuelo celestial lo inunda. Así como todas las diferencias y todos los odios entre el hombre se terminan en la mesa de la familia, al comer un mismo alimento terreno, de la misma manera toda frialdad, toda enemistad entre el hombre y Dios se termina en la santa mesa, al comer el alimento divino que la sabiduría encarnada, como estaba anunciado, preparó ella misma, convirtiendo el pan en su cuerpo y el vino en su sangre: *Sapientia miscuit vinum, et posuit mensam suam.*

El Verbo por la encarnación trajo la verdad al mundo, y la Eucaristía es también una fuente de luces para el cristiano que la frecuenta; porque ella es ese pan misterioso que la profecía llama el pan de la vida y de la inteligencia y el agua de la sabiduría y de la salud: *Panis vite et intellectus, et aqua sapientie salutaris*; y que, vivificando el corazón, esclarece el espíritu, lo eleva y le da el conocimiento de las cosas divinas. No es esto decir que la Eucaristía nos revele verdades nuevas, distintas de las que hemos aprendido por la enseñanza de la fe; sino que, iluminando estas mismas verdades, nos hace ver y sentir mejor su razón, su conveniencia, su credibilidad, su valor, su encanto, su grandeza y su armonía.

Por la frecuencia de la Eucaristía, la revelación general que ha procedido del misterio de la encarnación se presenta, dice San Juan Crisóstomo, rodeada de nuevos resplandores y de nuevos atractivos al espíritu y al corazón del cristiano. Siendo la Eucaristía el misterio por el que Jesucristo se une al cristiano y se encarna en cierto modo en el cristiano, es en sí misma la prueba sensible y permanente que nos persuade, mejor que todos los discursos, que en Jesucristo se ha unido Dios al hombre, se ha encarnado en el hombre, ha tomado nuestra propia carne y nuestra propia humanidad, y que Jesucristo es verdadero hombre y verdadero Dios.

Así pues, en la sagrada mesa es donde los verdaderos católicos se instruyen y adquieren esa convicción profunda, esa persuasión íntima, esa creencia intrépida, firme é incontrastable, en el dogma cristiano, que, manifestadas por su lenguaje y por sus acciones, son un objeto de extrañeza, de confusión y desesperación para el hereje porfiado y para el filósofo incrédulo, que no comprenden ni pueden comprender este misterio de una fe que procede del amor y que se afirma por el amor. Al oír á estos verdaderos católicos hablar de los grandes misterios de la religión, parece que la fe ha perdido para

ellos sus angustias tinieblas, que se ha despojado de su velo sagrado, y que ellos ven todo cuanto creen, como parece también que ellos poseen todo cuanto esperan y que abrazan todo cuanto aman. ¡Oh! ellos no necesitan hacerse la menor violencia para cautivar su inteligencia en honor de la verdad de Dios, que el hombre no puede comprender. Los misterios más abstractos y más incomprensibles, lejos de aterrar y de rechazar su inteligencia, la atraen á sí, la obligan á descansar en ellos con una completa seguridad, y forman sus delicias y ventura. Esto consiste en que la luz que el misterio eucarístico derrama en el alma que se acerca á él con frecuencia, quita toda dificultad, todo peso y toda dureza al yugo de los dogmas revelados, sea cualquiera su profundidad y su incomprensibilidad; y de este modo, sólo con el rocío de la gracia y con el calor secreto del amor, se produce la fe en tales almas, sin esfuerzo alguno, como esas plantas útiles y esas yerbas aromáticas que brotan espontáneamente en ciertos terrenos privilegiados. Ella no parece ser como un razonamiento del espíritu, sino como un sentimiento del corazón; ella es una expansión natural del alma, es sencilla, fácil, pacífica, tranquila y feliz en sí misma; esta es la fe amorosa, hija del amor que cree; porque el amor es adivino y la ternura es crédula. Para estas almas creer es amar, así como amar es creer; y amando los profundos misterios que ellas creen, creen mejor y entienden mejor esos mismos misterios que aman.

El fruto del árbol de la ciencia había obcecado nuestra inteligencia; el fruto del árbol de la cruz, que los paganos llaman el árbol de la necedad: *Genibus stultiam* (San Pablo), la ilustra. «El vino de nuestros campos, dice un elocuente escritor, nos hace perder la razón humana, y el vino del altar nos vuelve la razón divina. Nuestra razón, los ojos de nuestra alma, no veían ya, después de la caída, las cosas tales como eran. Sin duda el Verbo iluminaba continuamente, pero nuestros ojos interiores estaban enfermos. La Eucaristía, la carne de un Dios, la sangre de un Dios, cura las pasiones, esa fiebre del alma, contraída en los vínculos de la carne y de la sangre del pecado. Dando al hombre el atractivo espiritual, que contrarresta el atractivo sensible, quita la obscuridad esparcida sobre nuestra razón.

¡Oh eficacia maravillosa de esta institución divina! El misterio de la fe por excelencia: *Mysterium fidei*, el misterio que exige el mayor esfuerzo de fe, el misterio que ejercita de la manera más fuerte la fe, es al mismo tiempo el misterio que excita más la fe, que la fortifica; que la afirma, que la hace más fácil, más homogénea al espíritu y más simpática al corazón; que la adorna, la embellece y la perfecciona.

na! El misterio de fe es también el misterio maestro, el misterio que enseña todas las verdades.

He aquí, pues, hermanos míos, cómo el misterio de la Eucaristía completa y afirma el dogma; cómo es el misterio más razonable y fecundo, y es por lo mismo el firme sostén de nuestra fe.

Audamos, hermanos míos, á la divina Eucaristía; allí encontrará luz nuestra inteligencia para reconocer y admirar los altos misterios de la fe, y fuego de la caridad nuestro corazón para agradecer tantas muestras de amor infinito; y de este modo al pie del tabernáculo santo obtendremos aquella firme esperanza, de que así como ahora contemplamos á Jesucristo velado por los accidentes eucarísticos, algún día tendremos la dicha inefable de verle y adorarle sin velos ni sombras en la gloria. *Amén.*

LA EUCARISTÍA COMO SACRAMENTO

*Memoriam fecit mirabilium suorum,
misericors et miserator Dominus: escam
dedit timentibus se.*

Dejó memoria de sus maravillas, el
Señor misericordioso y compasivo: dió
sustento á los que le temen.

(SALMO CX, 4, 5.)

Qué palabras, hermanos míos, podré recordaros en estos momentos, más adecuadas, que las del real Profeta, que he tomado por tema para expresar los portentos de amor de Jesucristo, en la sagrada Eucaristía, donde se da á sí mismo en alimento á aquellos que verdaderamente le sirven, le aman y adoran? *Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus; escam dedit timentibus se.*

Si, hermanos míos, la Eucaristía lo es todo para nosotros. La Eucaristía es Dios, compañero de nuestro destierro, Dios objeto de nuestro culto, Dios que borra nuestros pecados y nos llena de su gracia, Dios á un mismo tiempo precio de nuestro rescate, alimento de nues-

tras almas y prenda de nuestra inmortalidad; la Eucaristía es el misterio de los misterios, la maravilla de las maravillas, el prodigio de los prodigios, que comprende en sí misma y que renueva continuamente por sí misma todos los misterios, todas las maravillas, todos los prestigios del amor divino.

La eterna bondad, tan magnífica en la preparación del alimento de nuestros cuerpos, se excedió cuando trató de prepararnos el alimento de nuestras almas. Para el cuerpo puso á nuestra disposición sus dones, y para el alma se nos da ella misma. El fruto del árbol del Edén nos había causado la muerte, y el fruto del árbol del Calvario, la carne del Verbo, carne divina y esencialmente vivificante, lleva la vida divina á nuestras almas y hace participar de ella á nuestros cuerpos. Así como por la manducación del alimento prohibido con la amenaza de la muerte temporal, aun el espíritu del hombre se había hecho carnal, por la manducación del alimento prescrito bajo la promesa de la vida eterna, aun la misma carne del hombre se hace como espiritual, porque la carne del Verbo, esencialmente vivificante, es también esencialmente espiritualizadora. ¡Oh belleza inefable del sacramento de la Eucaristía! ¡Oh inapreciables dones los que están encerrados en la comunión eucarística!

¡Ah, hermanos míos, vengo á hablaros en estos momentos, de este pan divino, del sacramento de la Eucaristía, haciéndoos ver las elevadas razones, las conveniencias divinas de su institución; su conformidad y homogeneidad con las condiciones y estado del ser humano. Mas para esto necesitamos de la gracia divina. *Ave María.*

Dios, primer principio, hermanos míos, y último fin del hombre, no es para el hombre un objeto accidental, extraño é indiferente, sino un objeto esencial, íntimo y necesario. Ved aquí por qué todo lo que es defectuoso y perecedero, todo lo que no es infinito y eterno, puede entretenerle, pero no satisfacerle, puede recrearle, pero no hacerle dichoso. Es cierto que muchas veces se extasia ante unas verdades secundarias y se complace en unos bienes frívolos y caducos. Pero al mismo tiempo que se detiene en estas verdades y que persigue estos bienes, quiere conocerlo todo, desea gozarlo todo y para siempre, busca incesantemente lo absoluto, lo inmenso, lo eterno, lo bello y lo perfecto; pero lo absoluto, lo inmenso, lo eterno, lo bello y lo perfecto es Dios. Luego, aun al abrazar el error que le extravía, al seguir el mal que le degrada, al entregarse á las criaturas que le alejan de Dios, aun en todo lo que no es Dios, el hombre busca intuitivamente á Dios y procura entregarse á Dios; porque á Dios es á

quien se conoce implícitamente, como dice Santo Tomás, en todo lo *conocible*; á Dios es á quien se ama implícitamente en todo lo que es amable.

Por otra parte, así como la tierra se dirige hacia el sol con toda su masa, así el hombre se dirige hacia Dios con todo su ser. Por consiguiente, no sólo su espíritu y su alma, sino también su corazón material, como dice la Escritura Santa, su cuerpo, su carne, sus huesos humillados por los pecados, se dirigen á Dios, buscan á Dios, aspiran á Dios, se estremecen de impaciencia y de esperanza por estar cerca de Dios y saltan de gozo y de ventura en presencia de Dios. Así, pues, el hombre no está ni puede estar satisfecho con poseer á Dios en su inteligencia por la fe y en su corazón por la gracia, sino que quiere verle con sus ojos, tocarle con sus manos, estrecharle en sus brazos, besarle con sus labios, estar en relaciones sensibles con él, vivir corporalmente en su unión y en su compañía.

De ahí nace, hermanos míos, ese instinto profundo, constante é invencible del hombre de delinear, de pintar y de esculpir á Dios ó á aquello que toma por Dios; ese instinto es sin duda alguna el que ha creado las bellas artes, que después se han degradado, haciéndolas servir tan sólo para figurar las criaturas, pero que no por eso dejan de tener su principio, su razón y su inspiración primera en la inclinación natural que tiene el hombre (y que nada es capaz de extinguir) de representarse á su Criador bajo formas sensibles. De ahí también nació esa especie de manía de todos los pueblos paganos de multiplicar hasta lo infinito los ídolos ó las imágenes de los falsos dioses, llenando de ellos, no sólo sus habitaciones y sus casas particulares, sino también los campos, las ciudades, las calles, las plazas, los caminos y los edificios públicos, y de llevar consigo ciertas reliquias ó pequeños ídolos. De ahí, finalmente, el mismo empeño de los verdaderos católicos en valerse de toda especie de maderas, de piedras, de metales, de telas y aun de papel, para hacer imágenes del verdadero Dios y de los santos, los verdaderos amigos de Dios; de colocar en todas partes estos signos sagrados, representativos de la Divinidad en sus más bellas obras, los santos; de llenarlo todo de ellos, de llevarlos consigo, de estrecharlos contra su corazón, de besarlos y de tributarles un culto de religión y de amor.

Pero no hemos dicho cuanto hay que decir de las tendencias del hombre hacia Dios. Todo ser que ama, aspira á asimilarse al ser amado y á parecerse á él. El hombre, por un instinto natural, por un impulso de su corazón, se dirige hacia Dios y ama á Dios; y, por consiguiente, le es natural desear parecerse á Dios y asimilarse á Dios.

Así, pues, cuando Satanás sugirió á nuestro primer padre el deseo de ser como Dios, comiendo del fruto prohibido, no le fundió un pensamiento absurdo en su espíritu ni un sentimiento sacrilego en su corazón, supuesto que parecerse á Dios ó asimilarse á Dios es para el hombre una necesidad de su naturaleza, una inclinación de todo su ser. Satanás le engañó únicamente prometiéndole conseguir, por la desobediencia á Dios, por la rebelión contra Dios y por el odio rival de Dios, esta semejanza con Dios, que no podía ni debía ser más que el premio de su obediencia, de su fidelidad y de su amor. Adán sólo se engañó en la elección de los medios, y no en el pensamiento del fin. Su deseo de hacerse semejante á Dios fué, en cuanto á su origen, el exceso desarreglado de un instinto legítimo, más bien que el desorden de una voluntad perversa, porque el hombre no puede encontrar su perfección y su felicidad más que en su unión íntima y en su semejanza misteriosa con Dios.

El modo más propio de asimilarse á una cosa, de parecerse y de identificarse á ella es comerla; porque la cosa que se come se transforma en la substancia del que la come. De ahí nace la tendencia del hombre á acercarse á la boca todo cuanto ama. Ved aquí por qué el beso es en el hombre la expresión más fiel y la necesidad más imperiosa del amor. Ved esa madre tierna que estrecha á su pequeño hijo en su seno, lo aplica á sus labios, lo llena de besos, y en cierta manera parece que se lo quiere comer. ¿Qué es lo que intenta hacer ella con esos extremos? Las palabras con que ella los acompaña nos lo dicen demasiado.

Hay más aún; el filósofo cristiano, descendiendo á las profundidades del corazón del hombre con la antorcha de la fe en la mano, encuentra en el oculto, bajo sus pliegues, un incomprensible y misterioso deseo, deseo tímido, avergonzado de sí mismo y ocultándose de sí mismo, como toda pretensión exorbitante é imposible de realizarse; encuentra el deseo innato é íntimo de recibir á Dios, de unirse á Dios, de alimentarse y nutrirse de Dios; encuentra el apetito y el hambre misma de Dios! ¿Queréis una prueba sin réplica de este maravilloso instinto? Id á sorprender los pueblos en el momento del ejercicio de su culto en todas las épocas de la humanidad; y sea cual fuere el grado de su civilización ó de su barbarie, sean cuales fueren sus creencias, sus ritos, sus hábitos y sus costumbres, los veréis á todos comerse lo que ha sido ofrecido á su dios, lo que ha sido bendecido por el sacerdote ó consagrado por la religión, como una cosa sobrenatural, celestial y divina, como si fuese el mismo dios. Los veréis á todos, no sólo asistiendo al sacrificio de la víctima inmolada

en honor de Dios, sino repartiéndose y comiendo piadosamente sus restos. Los veréis á todos considerando y practicando la *comunión* como una de las ceremonias integrantes y esenciales del culto. Pues bien; todo lo que ha sido practicado por todos los hombres, en todos los tiempos y en todos los lugares, es indudablemente una ley de la humanidad, y procede del fondo mismo de la naturaleza humana.

La verdad, la realidad de estas tendencias, de estos instintos del hombre con respecto á Dios, se revelan en todos sus actos, y aun en sus funestos extravíos del verdadero camino y del verdadero modo de honrar á Dios. Nada, es, pues, más evidente ni más cierto que la realidad de las tendencias inefables y misteriosas, pero naturales, del hombre, durante esta vida, de poseer á Dios bajo formas sensibles para unirse á él, no sólo con su inteligencia y corazón, sino también con su cuerpo; para poder conversar familiar é intimamente con él; para poder complacerse en él, alimentarse de él é identificarse con él.

Pero recordemos, hermanos míos, que, según la alta filosofía de los libros santos, la única filosofía verdadera, como Dios, que es su autor, el hombre en este mundo es, con respecto al orden espiritual, semejante á un niño que acaba de nacer; que, por consiguiente, entregado á sí mismo, no juzga ni habla sino como un niño de las cosas de la eternidad de Dios y del Dios de la eternidad; y que sólo en el cielo es donde deja todos los defectos de la infancia y donde se hace hombre adulto, hombre completo, hombre perfecto, con la plenitud, la perfección y edad de Jesucristo.

Ahora bien, hermanos míos, el niño recién nacido siente sus necesidades, pero no las comprende; las da, si, á conocer por sus contorsiones, por sus gritos y por sus lágrimas; pero no sabe formularlas ni expresarlas con la palabra, y mucho menos conoce ni puede proporcionarse el medio de satisfacerlas. Experimenta, por ejemplo, esa necesidad de alimento que se llama *hambre*, antes que su madre haya conseguido por los ensayos y los esfuerzos de muchos días aplicarle á su seno. La anuncia estremeciéndose, gritando y llorando; pero no sabe ni sospecha siquiera que allí, y sólo allí, en la substancia misma, convertida en leche, de la que le ha dado la vida, es donde puede encontrar el alimento que le conviene y puede saciarle. La madre es quien, en virtud de un instinto inteligente y de una maravillosa aptitud de que le ha dotado la providencia del Dios Criador, adivina todas las necesidades de su hijo, las causas de su malestar y de sus dolores, y se apresura á satisfacerlas.

Esto mismo exactamente le sucede al hombre espiritual: siente en sí la inmensa necesidad de Dios, la necesidad de tenerle siempre con-

sigo, de unirse á él con su inteligencia, con su corazón y aun con su cuerpo; de identificarse con él; la necesidad de que Dios se humane, á fin de que él pueda ser delicado; la necesidad de parecerse á Dios y de asemejarse á él por todos los medios, aun por la manducación; el siente, en una palabra, el hambre de Dios, que le devora; pero, entregado á sí mismo, podrá manifestar esta hambre, como lo hace frecuentemente, por los extravíos de sus errores, por las torpezas de sus vicios y por el ciego instinto con que se adhiere á las criaturas; pero jamás la comprenderá ni sabrá darse razón de ella, y mucho menos podrá por sí solo imaginar que el medio de satisfacer real y completamente esta necesidad de intimidad con Dios, esta hambre misteriosa de Dios, era posible, y aun estaba ya dispuesto, en las riquezas de la bondad de Dios con respecto á él, y mucho menos hubiera podido proporcionárselo él mismo. ¡Ah! Si el mismo Dios no se lo hubiera dicho, jamás el hombre hubiera podido sospechar, ni aun remotamente, que un día había de encontrar en la ternura maternal de su redentor, Dios y hombre, el modo de tenerle siempre consigo, de comer de él y de alimentarse de su substancia bajo los accidentes de pan.

Este alimento substancial, este alimento divino, este pan misterioso, es el que pedían con sus gritos y llantos aquellos desventurados niños de que habla el Profeta, es decir, los hombres, antes de la venida del Hijo de Dios en la tierra, y que nadie pudo jamás proporcionárselo. Los cultos idólatras no ofrecían al hombre más que pan mojado en la sangre de sacrificios infames y horribles, pan emponzoñado; porque, como único medio de comunicarse con Dios y de unirse á Dios, le indicaban el crimen, que insulta á Dios; la disipación, la embriaguez, el homicidio, el sacrilegio, personificados en ciertos hombres que habían convertido en dioses. Entre los judíos y entre aquellos gentiles que seguían la verdadera religión, estaba Dios conversando con ellos por medio de sus ángeles, por medio de sus patriarcas, de sus profetas y del arca del Testamento, que contenía el maná, figura de la Eucaristía, que ellos llamaban *el Señor*, que caminaba siempre con ellos y residía en medio de ellos. Además comunicaban también con Dios por la manducación del cordero, de los panes de proposición y de los restos de las víctimas ofrecidas á Dios; porque por estos medios participaban ellos en cierto modo por la fe de las mismas gracias de que participamos nosotros por la Eucaristía. Esto les hace decir: No hay en el mundo una nación más privilegiada que nosotros, porque ninguna nación está tan cerca de sus dioses ni tan unida á ellos como nosotros lo estamos del

nuestro; él está siempre en medio de nosotros, con nosotros y en nosotros, escuchando nuestras oraciones y satisfaciendo todas nuestras necesidades.

Mas esta unión íntima con Dios y esta comunión de Dios se debía más bien á la esperanza, á la figura y á la profecía, que á la fe, á la realidad y al hecho, y á pesar de que satisfacían las necesidades esenciales que tenia el hombre de esta unión y de esta comunicación, estaban muy lejos de saciarle completamente y de alegrarle. Este era el pan de cebada de que habla el evangelista San Juan (XII), que es también un alimento, pero no un alimento tan substancial ni tan agradable como el pan de trigo. Mas el pan del *trigo de los elegidos*, de que habla Zacarías (Zach., IX), y el *verdadero pan de la vida y del entendimiento*, que habia cantado la Sabiduría, estaba prometido, se esperaba. se buscaba por todas partes, pero no se encontraba en ninguna.

Y ¿qué fué lo que hizo el Hombre-Dios? Se constituyó él mismo en madre del hombre; porque, escuchad lo que él nos hizo decir por su profeta: Sión, dice Isaías, se ha quejado de que Dios la ha abandonado: y el Señor respondió: ¿Qué dices tú, pobre humanidad? ¿Es posible que una madre olvide á su hijo? Pues bien; yo te digo que aun cuando una madre pueda olvidar al fruto de sus entrañas, yo, tu Señor y tu Dios, no te olvidaré jamás.

En efecto, nuestro amable Salvador hizo por nosotros lo que una madre tierna, complaciente y amorosa hace por su pequeño hijo. El conoció todos nuestros instintos y todas nuestras necesidades espirituales, porque somos obra suya, porque somos el barro que él modeló con sus manos; y, supuesto que entre estos instintos y estas necesidades se encuentra el de tener realmente á Dios con nosotros y en medio de nosotros bajo especies sensibles, para poder conversar íntimamente con él, vivir siempre en su compañía y unirnos perfectamente con él, aun corporalmente, con todo nuestro ser; supuesto que entre esos instintos y esas necesidades se encuentra también el de alimentarnos de la substancia misma de nuestra madre divina, que nos ha dado á luz en el orden de la gracia, como el niño experimenta el instinto y la necesidad de participar de la substancia de la madre humana, que le ha dado á luz en el orden de la naturaleza; nos reveló él mismo ese instinto y esa necesidad que nosotros experimentábamos sin comprenderla, y se apresuró á satisfacerla por un medio que jamás hubiéramos podido pensar; y que jamás hubiéramos creído posible; porque ved aquí cómo habló él y cómo obró, según el Evangelio: Hijos míos, dijo él un día, no temáis, no lloréis; porque

yo sé lo que necesitáis. ¡Vosotros necesitáis que yo esté siempre con vosotros, en medio de vosotros! ¡Pues bien! Yo os prometo que así será: el amor que os profeso me ha hecho encontrar el modo de permanecer siempre realmente con vosotros hasta el fin de los siglos, y de estar siempre á vuestra vista bajo otra forma, cuando bajo la forma actual no me podáis ya ver. Yo sé muy bien que vosotros tenéis necesidad de un pan substancial y celeste; que vosotros tenéis hambre de este pan, sin conocerlo ni comprenderlo, aun despues que os sea dado. Pues bien; mi Padre, que es también vuestro Padre, os proporcionará este pan verdadero del cielo, que ni los autores de falsas religiones, ni aun el mismo Moisés, han podido daros. Este pan que yo os daré, de acuerdo con mi Padre, es mi propia carne, que es la vida del mundo. Porque os aseguro que yo sabré convertir mi carne en verdadera comida y mi sangre en verdadera bebida. De este modo habré provisto á todas vuestras necesidades, habré satisfecho todos vuestros instintos y llenado todos vuestros deseos, porque saciados con mi carne y refrigerados con mi sangre, alcanzaréis la vida eterna. Y con estas intenciones, que la ceguedad voluntaria del hereje y el orgullo insensato del filósofo no comprenden, porque son indignos de comprenderlas; con estas intenciones tan dignas de su sabiduría y de su amor, consagró el pan y el vino en su última cena, y dijo á sus discípulos: «Hijos míos, tomad y comed: *Este es mi cuerpo*, este mismo cuerpo que os voy á dar (entregándolo á la muerte); bebed todos de este cáliz: *Esta es mi sangre*, la sangre del *Nuevo Testamento*, esta misma sangre que será derramada por vosotros. Y él instituyó, de la manera más cierta, más formal y evidente, la Eucaristía, el sacramento inefable de su divino cuerpo, el más grande prodigio de su omnipotencia, el recuerdo, la prenda más preciosa de su bondad, por el que este amoroso Salvador, cumpliendo su promesa y realizando su palabra, no sólo se quedó con nosotros y en medio de nosotros, sino que se hizo el alimento de todos los que le temen como á su Señor y le aman como á su Padre.

Pero el prodigio y el misterio de la Eucaristía, prodigio de prodigios y misterio de misterios, á pesar de lo incomprendible que es en sí mismo, nos es perfectamente conocido en sus relaciones con nuestra propia naturaleza. Ciertamente que la razón permanece y permanecerá siempre admirada y abismada ante este prodigio permanente, en el que, según San Agustín, la sabiduría, la riqueza, el poder y la bondad infinita de Dios se agotaron en cierto modo en favor del hombre. Mas, según lo que acabamos de considerar respecto á los instintos más extraños, á las necesidades más profundas y á las relaciones

más íntimas y más ocultas de la naturaleza humana con Dios, sin poder jamás comprender el cómo por virtud del cual este gran sacramento se obra, comprendemos perfectamente el *por qué* en cuya virtud ha sido instituido. Nosotros comprendemos perfectamente sus elevadas razones y sus conveniencias divinas, su conformidad y su homogeneidad con las condiciones y con el estado del ser humano; nosotros comprendemos su importancia y aun su necesidad.

Hemos visto, hermanos míos, que el hombre siente una necesidad inmensa de estar siempre junto á Dios, de tener siempre á Dios consigo, de conversar íntimamente con Dios, de recibir á Dios en su propia persona, de unirse á Dios y de transformarse en Dios, alimentándose de Dios; y que esta necesidad es para el hombre una necesidad sagrada, íntima é intrínseca, que nace del fondo mismo de su naturaleza, y forma el carácter distintivo de su ser y de su modo de ser. Pues bien: era muy natural que esta necesidad del hombre fuese satisfecha, y que, queriendo Dios satisfacerla, hiciese servir su poder infinito á este gran designio de su sabiduría infinita y de su infinita bondad. Todo esto se verifica completamente por la Eucaristía. Nosotros comprendemos, pues, que este misterio, á pesar de ser un misterio que sola la inteligencia infinita ha podido imaginar, y que sólo el poder infinito ha podido cumplir bajo la inspiración del amor infinito, es, sin embargo, el misterio más conforme á la naturaleza de Dios y del hombre; y que, á pesar de ser divino y sobrenatural, porque se eleva infinitamente sobre toda la virtud de la naturaleza, y porque se le cree sin comprenderlo, en virtud de una fe sobrenatural y divina, es, sin embargo, el misterio más sencillo y más natural en sus relaciones con el pensamiento de Dios y las necesidades del hombre.

• Hemos visto que la ausencia de Dios deja un vacío inmenso en el corazón del hombre, y que el hombre, devorado por el hambre y la sed de Dios, se ve dominado por el instinto violento de asimilarse á Dios por la manducación. Pero el mismo Dios fué quien, al criar al hombre, abrió en el corazón del hombre ese vacío que nada finito puede llenar, á fin de que el hombre pudiese recibir lo infinito. El mismo Dios fué quien, al formar la naturaleza humana, le dió esa hambre, esa sed de Dios, ese instinto de comer de las cosas divinas ó del mismo Dios, que ningún bien criado puede aplacar, y que el mismo Dios hizo legítimas y auténticas, poniendo en ellas su sello divino. Pues bien: era muy conveniente y muy justo que la caridad del Dios redentor proporcionase al hombre el medio más propio, más fácil y más eficaz de llenar este vacío y de hacer cesar esta hambre y

esta sed, de satisfacer este instinto, que es obra de la sabiduría de Dios criador. El hombre obtiene todo esto por medio de la Eucaristía. Nosotros comprendemos también que, á pesar de lo indigno que era, por su bajeza y por su pecado, de este inmenso beneficio, sin embargo, supuesto que la caridad infinita de su Salvador se había obligado libremente á rescatarle, á restaurarle en todo su ser, y á elevarle al estado deífico y perfecto, era muy conveniente y muy justo que esta misma caridad infinita estableciese con la institución de la Eucaristía una perfecta ecuación entre las dichas necesidades é instintos, como divinos del hombre, y el gran objeto que les es propio; y por consiguiente, comprendemos que nada era más conveniente ni más justo que la institución de este sacramento.

Hemos visto además, hermanos míos, que poseer á Dios bajo formas sensibles es una necesidad para el hombre, porque él no puede satisfacer las inclinaciones divinas, las tendencias secretas de su espíritu, de su corazón y de su cuerpo, sino de este modo. La Eucaristía pone á Dios á disposición del hombre bajo formas sensibles. Nosotros comprendemos, por consiguiente, que, sin este sacramento, quedaría todavía al amor infinito algo que hacer para comunicarse al hombre en toda la extensión de su ternura, y una cosa que daría todavía al hombre que desear respecto á su felicidad terrena; y por consiguiente, comprendemos que la Eucaristía no es un misterio accidental, secundario ó superfluo para el hombre, y sin el que el hombre podía pasar perfectamente, sino que es un misterio que nace necesariamente en cierto modo, como una consecuencia de sus principios, del amor infinito y decidido de llegar hasta el último término de sus manifestaciones en favor del hombre: *Cum dilexisset suos.... in finem dilexit eos* (Joan., XIII), y de la miseria extrema del hombre, que no podía desaparecer completamente sino ante este exceso, como lo llama el Evangelio del amor divino; y que este es un sacramento esencial y necesario, y que procede de cuanto hay más íntimo y más misterioso en la naturaleza humana.

Finalmente, nosotros hemos visto que el hombre tiene necesidad de que Dios permanezca con él, no sólo bajo formas sensibles, sino bajo formas amables; no sólo de modo que calme su temor, sino que excite toda su confianza; no sólo despojado de todo el brillo de su majestad divina, sino ocultando también su figura humana bajo unas especies que él encuentre fácilmente, y que cualquier ministro de la verdadera religión pueda con facilidad hacerlas servir al uso del divino misterio, á fin de que el hombre pueda siempre y en todas partes encontrar á su Dios, y hallar en él el compañero de su

destierro, el consolador de sus penas, el amigo de su confianza, el alimento de su alma, el germen divino de la resurrección de su cuerpo y la prenda de su inmortalidad. Jesucristo en la Eucaristía es todo esto y obra todo esto. Algunas palabras pronunciadas por el sacerdote sobre un pedazo de pan y sobre algunas gotas de vino, substancias que se encuentran en todas partes y que forman el alimento más común del hombre, bastan para encerrarle bajo unos frágiles accidentes y ponerle en estado de encontrarse siempre personalmente en medio de los hombres esparcidos por la superficie de la tierra, y de darse personalmente a cada uno de los hombres en todos los tiempos y en todos los lugares. Nosotros comprendemos también que no era bastante para nuestro amable Salvador asegurarnos su perdón, reconciliarnos con su sacrificio, atraernos con su gracia, ilustrarnos con su doctrina, incorporarnos a su rebaño y prometernos su protección, sino que debía dejarnos este sacramento, como nos lo dejó en efecto, á fin de que podamos incorporarnos á él mismo; que no era bastante para él perpetuar su presencia moral y alegórica entre nosotros, en su Evangelio, siempre fecundo, en sus otros sacramentos, siempre eficaces, en su sacerdocio, siempre santo, y en su Iglesia, siempre infalible; sino que debía regalarnos también con su presencia personal y real, en el misterio de los altares; que la Eucaristía, no sólo nos era necesaria, sino que nos era necesaria precisamente en las formas bajo que la estableció, y que, para agotar todo su amor y satisfacer todos nuestros deseos, debía instituir la precisamente del modo que la instituyó. Se ve pues que, al paso que la Eucaristía es el remedio, la perfección y como la deificación de nuestra naturaleza; las miserias, las enfermedades y las necesidades íntimas de nuestra naturaleza nos explican la institución y nos hacen comprender mejor la verdad de la Eucaristía.

¡Cuán ingrato es, por consiguiente, hermanos míos, y cuán necio y ciego respecto á sus verdaderos intereses el cristiano que vive separado del altar eucarístico! ¡Qué de bienes pierde, qué de males experimenta, qué de peligros le rodean, en qué abismo tan profundo se precipita!

Y vosotros, almas verdaderamente cristianas, para quienes Jesucristo en la Eucaristía no reside en vano en el tabernáculo, ni se administra en vano en la sagrada mesa; sino que cifráis vuestras delicias en visitarle, en adorarle, en honrarle y en recibirle frecuentemente, ¡cuán sabios sois respecto á lo que más os importa saber y practicar! Apresurémonos, pues, á seguir tales ejemplos, á fin de gozar de sus ventajas, y para que después de haber vivido cristiana-

mente en este mundo, tengamos todos la dicha de encontrarnos un día en el cielo y de alabar y bendecir unidos á nuestro amable Salvador por haberse dignado perpetuar la memoria y renovar el beneficio de los prodigios de su misericordia y bondad en su Eucaristía, en el alimento divino que ha dejado á sus fieles servidores: *Memoriam fecit mirabilium suorum, misericors et miserator Dominus: escam dedit timentibus se. Amén.*

LA EUCARISTÍA COMO SACRIFICIO

Memoriam fecit mirabilium suorum, misericors et miserator Dominus: escam dedit timentibus se.

Dejó memoria de sus maravillas, el Señor misericordioso y compasivo: dió sustento á los que le temen.

(SALMO CX, 4, 5.)

La más grande de las obras de Dios, hermanos míos, no fué la creación, sino la redención del mundo. Para criar el mundo, sólo tuvo Dios que triunfar de la nada; mas para redimirlo, tuvo que triunfar del mal, y el mal resiste á Dios más que la nada.

Ved aquí porqué á los ojos del mayor talento, de la más admirable personalidad del cristianismo, San Pablo, el misterio de Dios, fecundando con una palabra la nada y haciendo salir de ella el universo, fué solo como un juego. «Dios, dice él, llamó á lo que no existía, y lo que no existía le respondió como lo que existe: *Vocat ea que non sunt, sicut ea que sunt.*» (Rom., VII.) Y ved aquí también porqué mucho antes que San Pablo, el mismo David había reasumido en estas dos palabras toda la historia de la creación: «Dios dijo, y todas las cosas fueron hechas; Dios mandó, y todas las cosas fueron criadas.» Mas en cuanto al misterio del Hijo de Dios hecho hombre, derramando su sangre y muriendo por el hombre, San Pablo lo llama «la obra maestra de la sabiduría y del poder de Dios, en la que

la misma sabiduría y el mismo poder de Dios aparecieron en todo el brillo de su majestad, en todo el esplendor de sus prodigios.» Y otro profeta, aludiendo al mismo misterio, dijo: «Esta es la obra propia de Dios, esta es la obra de Dios por excelencia, cumplida, vivificada en medio de los tiempos y reuniendo en sí y dominando por sí misma todos los tiempos.

Mas, á diferencia de las obras del hombre, que apenas se concluyen, cuando se convierten en acontecimientos pasados, y cuyas inscripciones y monumentos, con los que se pretende eternizarlas, no hacen otra cosa que predicar su caducidad y muerte; la grande obra de Dios, la obra maravillosa é inmensa de la restauración del universo por la cruz, cumplida y realizada diez y nueve siglos ha, es una obra siempre presente, siempre subsistente y siempre viviente. Porque Dios, en el exceso de su misericordia y de su bondad, como lo habia hecho anunciar por su profeta en términos muy claros, quiso perpetuar su recuerdo en el inefable y delicioso misterio de la Eucaristía.

En efecto, hermanos míos, la Eucaristía no es solamente un gran misterio y un gran sacramento, sino que además es el más grande y augusto de los sacrificios, en el cual perpetuándose hasta el fin de los siglos de un modo incurso el gran sacrificio infinito de Cristo en el Calvario, se reúnen en este sacrificio del altar toda la eficacia, mérito y gloria de todos los sacrificios. He aquí la idea, hermanos míos que paso á exponer. Mas antes pidamos la gracia. *Ave Maria.*

El sacrificio, hermanos míos, se define generalmente: «La ofrenda de una cosa exterior y sensible que el sacerdote legítimamente ordenado hace á Dios, y por la que la cosa ofrecida se convierte en otra cosa ó es destruida; y todo esto para significar que la criatura racional reconoce el dominio absoluto del Dios criador sobre ella y se somete á él; y á fin de tributar por medio de este rito al Altísimo el culto supremo de latria que le es debido.» En efecto, al ofrecer á Dios la cosa criada, le reconocemos por Criador, Autor y Señor de todas las cosas; y al consumirla ó al destruirla, confesamos: 1.º, que Dios, que lo ha criado todo de la nada, no tiene necesidad de nuestros dones exteriores; 2.º, que al considerarle como el único Señor de nuestra vida, no queremos abusar de ella, sino emplearla como la hostia que le ofrecemos por su gloria; 3.º, que nos hallamos dispuestos á dar aun nuestra propia vida por él cuando y como él quiera pedírnosla; y 4.º, en fin, que en nuestra cualidad de pecadores, nos creemos indignos de gozar de esta vida y obligados á sacrificársela; pero que

sabiendo que este Dios de bondad no exige que nos demos la muerte, queremos sustituir otras víctimas que mueran por nosotros, á fin de satisfacer su justicia y obtener los auxilios de su misericordia.

Tal es, hermanos míos, la grandeza, la importancia y la necesidad del acto religioso que se llama *sacrificio*; acto transcendental é inmenso, cuya idea no ha podido el hombre encontrar en sí mismo; acto que él no ha podido inventar por sí mismo; acto que ha sido conocido y realizado por todos los hombres, en todos los tiempos y en todos los lugares (de modo que la historia religiosa de todos los pueblos del universo se resume en la historia de sus sacrificios), sólo porque el mismo Dios fué quien lo reveló y lo estableció en el mundo desde el principio del mundo. Pues bien; por la Eucaristía y en la Eucaristía Jesucristo ofreció, y nosotros los cristianos ofrecemos, según su institución y sus órdenes, su propio cuerpo, obra del Espíritu Santo y divinizado por la unión hipostática con la persona divina del Verbo: nosotros ofrecemos la víctima más pura, más santa, más noble, más augusta y más perfecta; por consiguiente, el sacrificio de la Eucaristía es el más puro, el más santo, el más noble, el más augusto y el más perfecto de todos los sacrificios.

Sino decidme, ¿qué es lo que hizo nuestro divino Salvador en su última cena? Al consagrar separadamente el pan y el vino, y al poner inmediatamente su cuerpo bajo los accidentes del pan y su sangre bajo los accidentes del vino, separó el mismo su sangre de su cuerpo. Ved aquí, pues, una verdadera inmolación, porque la inmolación no es otra cosa que la separación de la sangre del cuerpo de la víctima.

Así encerró á un mismo tiempo todo su cuerpo bajo cada partícula del pan y su sangre bajo cada gota del vino. Es decir, que el oculto bajo estas humildes especies, no sólo su divinidad, sino su humanidad; se empequeñeció y se anonadó en ellas; se colocó en ellas en un estado de insensibilidad y de muerte; porque, á excepción de su palabra divina, que lo revelaba á la fe de los discípulos, nada lo indicaba, nada lo revelaba á sus sentidos, presente como se hallaba todo entero en las especies consagradas. Finalmente, por la comunión que siguió á esta consagración, y por la destrucción completa de las especies después de comidas, cesó de encontrarse encerrado en ellas, dejó de estar en ellas bajo la forma sacramental, y fuera de los efectos de su gracia, nada quedó ya de él bajo la forma misteriosa de víctima, ni sobre la mesa de la consagración ni en el interior de los que habian comulgado. Ved aquí, pues, una verdadera muerte, una destrucción completa de la víctima, *con respecto á los*

sentidos, lo cual es una condición esencial del sacrificio. Al cumplir el Salvador esta acción sublime, la acción por excelencia, como la llama la Iglesia, dió gracias á su Padre: se reconoció, en cuanto hombre, inferior á él, y le honró como á su Señor y á su Dios. Al mismo tiempo dijo: «Este es mi cuerpo, que es dado por vosotros. Esta es mi sangre, que es derramada por vosotros para la remisión de los pecados: *Hoc est corpus meum quod pro vobis datur. Hic est sanguis meus, qui pro vobis funditur, in remissionem peccatorum;*» y de este modo declaró que se inmola también por los hombres, para alcanzarles el perdón de sus culpas y la abundancia de la gracia. Ved aquí, pues, el verdadero Gran Sacerdote, el Sacerdote eterno, el único digno, el único capaz de tributar á Dios, siendo Dios también, un culto infinito y perfecto; que, á pesar de vivir en sí mismo, se inmola mística y sacramentalmente á sí mismo, ofrece y sacrifica enteramente la única víctima que á tal sacerdote convenía ofrecer, con el doble objeto de tributar un culto supremo á Dios y asegurar la santificación y la salvación de los hombres. Ved aquí, en una palabra, un sacrificio verdadero y real, pero el más sublime, el más magnífico y el más solemne de los sacrificios; porque una víctima más noble no había sido jamás ofrecida, ni volverá á serlo jamás por manos más puras. Este era el Sacerdote-Diós ofreciendo á Dios una víctima divina para honrar á Dios y reconciliarle con el hombre.

El mismo Hijo de Dios hecho hombre, con un ademán de poder y de imperio, añadió entonces estas magníficas palabras: «Haced vosotros también en mi memoria lo que yo acabo de hacer á vuestra vista: y todas las veces que comiereis de este pan y bebiereis de este vino, representaréis la memoria de nuestro señor hasta el día en que venga.» Que fué como si hubiera dicho: «La memoria de mi sacrificio futuro se ha conservado hasta ahora viva en el espíritu de mis fieles servidores, y se ha perpetuado por los sacrificios de los toros y de los corderos; mas la memoria de mi sacrificio pasado, que yo he de cumplir en la cruz, se conservará y se perpetuará de una manera muy diferente. Para acordaros siempre de la muerte que voy á sufrir por vosotros, sólo debéis hacer lo que me habéis visto hacer ahora. Vosotros no debéis inmolar más cuerpo que mi cuerpo, ni debéis derramar más sangre que mi sangre, de la misma manera mística y sacramental con que yo mismo acabo de hacerlo, y este sacrificio, comenzado hoy por mí y continuado por vosotros y por vuestros sucesores, será la única representación sensible de mi muerte hasta el fin del mundo.

Es, pues, evidente que en esta memorable circunstancia no hizo el

divino Salvador una ceremonia pasajera, sino que estableció una institución permanente; que abolió con una palabra el antiguo sacerdocio de los sacrificios antiguos, y que le substituyó un sacerdocio nuevo y único, y un nuevo sacrificio, como el único sacrificio útil en adelante al hombre y agradable á Dios. Como en la misa no hacemos otra cosa que pronunciar, según sus órdenes, las mismas palabras que él pronunció sobre la misma materia del pan y del vino, y repetir la misma ceremonia que él hizo en la cena, y como esta ceremonia fué un verdadero sacrificio, por esta razón la misa es también un verdadero sacrificio, y de la misma naturaleza, de la misma excelencia y de la misma grandeza que el que el Hijo de Dios ofreció por sí mismo la víspera de su muerte; con la diferencia de que los antiguos sacrificios duraron hasta la época en que la redención se cumplió por la efusión de la gracia, mientras que este sacrificio nuevo durará hasta que esta misma redención sea consumada por la participación de la gloria de todos los elegidos. Los antiguos sacrificios eran el único consuelo de los justos de la ley, que esperaban al Mesías que debía padecer y morir; mientras que el sacrificio nuevo es el único consuelo de los justos del Evangelio, que esperan á Jesucristo que debe triunfar y reinar. Los antiguos sacrificios fueron para un tiempo, y el sacrificio nuevo será para todos los tiempos hasta el fin de los siglos: *Mortem Domini annuntiatibus donec veniat.*

La materia remota del sacrificio de la misa es, por consiguiente, el pan y el vino, y esto es realmente lo que lo hace más precioso; porque esta es una materia que se encuentra en todas partes sin dificultad, y por la que las más sencillas y más puras producciones de la tierra sirven para cubrir y simbolizar el don más rico y más espléndido del cielo; esta es una materia por la cual el primero y el más necesario de los alimentos del cuerpo, para sostener la vida temporal, sirve para proporcionar al alma el más sólido y más substancial alimento para la vida eterna; esta es una materia, en fin, por la cual el fruto de los trabajos y de los sudores del hombre se hace la materia del sacrificio para el culto y el honor de Dios.

La materia próxima de este sacrificio es el cuerpo y la sangre de Jesucristo, el Hijo único y consubstancial de Dios, y Dios en sí mismo; pero Dios que, habiéndose hecho hombre, habiendo padecido y muerto por la salvación del hombre, es la víctima más agradable á Dios, y cuyo valor, cuya excelencia, cuya dignidad y cuyo mérito son infinitos!

Es verdad que nuestros sacerdotes tienen y ejercen una verdadera potestad sobre el cuerpo real del Señor; ellos inmolan también esta

hostia divina por medio de las palabras de la consagración, ellos la ofrecen también realmente, ellos la manejan, la administran y la conservan, y por lo mismo son unos verdaderos sacerdotes. Sin embargo, el primero y el verdadero sacerdote del sacrificio del altar es el mismo Jesucristo. Porque su poderosa palabra es la que, repetida por el sacerdote, convierte la substancia del pan y del vino en la substancia del cuerpo y de la sangre del Salvador. Luego el mismo Jesucristo es en el altar, como en otro tiempo en el cenáculo, la víctima de su sacrificio y el sacerdote de su víctima. Los sacerdotes son sus ministros, sus instrumentos y sus órganos vivientes; pero él es quien habla por la boca y obra por las manos de ellos. Por consiguiente, el sacrificio de la misa conserva á Jesucristo su privilegio sublime de único sacerdote, verdadero principio y cabeza de todos los verdaderos sacerdotes, y á quien, por un juramento solemne, ha establecido Dios como el único verdadero sacerdote por toda la eternidad.

Mas esta víctima que es ofrecida, y este sacerdote que la ofrece en nuestros altares, es la misma víctima que fué ofrecida y el mismo sacerdote que la ofreció en el Calvario. El sacrificio de la Eucaristía es, por consiguiente, dice el santo concilio de Trento, la repetición del sacrificio único y verdadero del Calvario. Es Jesucristo ofreciéndose continuamente á sí mismo por el ministerio del sacerdote. Pero es Jesucristo ofreciéndose bajo formas y símbolos diferentes, ofreciéndose de una manera invisible é inefable, por el solo poder de su amor, que la malicia y la injusticia de los hombres no puede ofuscar en manera alguna.

Esto no es solamente su memoria, sino que es también la representación verdadera de su pasión y muerte; es la pasión y la muerte presentadas continuamente á los ojos de los fieles, y puestas á su disposición, para ofrecerlas á su vez á Dios, pero bajo símbolos que nada tienen de sangrientos ni de horribles, y á los que, por el contrario, nada excede en sencillez, en inocencia y en pureza; y por consiguiente, es el sacrificio elevado al grado de perfección que convenia á la universalidad de su uso y á la perpetuidad de su duración. Esta es la excelencia y la grandeza del sacrificio de la misa; y ¿qué diré ahora de su riqueza, de su mérito y de su eficacia?

Como el sacrificio de la Eucaristía reemplazó por sí solo á todos los antiguos sacrificios, puede ofrecerse sólo por los mismos fines por los que se ofrecían aquéllos, y con mucho más mérito y más provecho, en razón de su excelencia infinita y de su perfección. El sacrificio del altar es también un *holocausto* ó sacrificio de *latría*, por el

que tributamos al Dios supremo el culto y la adoración perfecta, porque por este sacrificio, no sólo ofrecemos nosotros al eterno Padre la víctima más noble y más digna de su majestad y más agradable á su amor, que es su propio Hijo, sino que esta víctima se ofrece ella misma sobre el altar, en nuestro nombre, con la misma humildad profunda, con la misma reverencia devota, con la misma obediencia perfecta y con la misma caridad infinita con que se ofreció en la cruz.

Juntamente con esta augusta víctima, Jesucristo, la Iglesia, su esposa, se ofrece ella misma, y todos los fieles se ofrecen también á la Santísima Trinidad por el mismo sacrificio. De modo que es imposible tributar á Dios un culto más noble y más perfecto que el que se le tributa en el sacrificio de la misa.

En segundo lugar, la palabra *Eucaristía* significa *acción de gracias*. Y el sacrificio del altar se llama *eucarístico* porque es la acción de gracias por excelencia. ¿Y que podemos nosotros ofrecer más propio, más agradable ni más precioso, para manifestar á Dios los beneficios de toda especie que nos concede á cada instante, que su propio Hijo, en el que la divinidad habita corporalmente en toda su plenitud (San Pablo), y que renueva en nuestros altares, de una manera misteriosa y en el estado de la más grande humillación y anonadamiento, el mismo sacrificio sangriento que él ofreció una vez por nosotros en el Calvario? El sacrificio de la misa es, pues, un sacrificio de acción de gracias, y este noble carácter reconocia y celebraba en él el Profeta en los términos más claros, cuando al verle de lejos en espíritu decia: «Siendo yo pobre de bienes, ¿qué puedo yo ofrecer al Señor que sea digno de él, en recompensa de los bienes con que su misericordia me ha enriquecido? Ved aquí lo que yo haré; yo invocaré en auxilio de mi pobreza y de mi insuficiencia al mismo Dios á quien debo dar gracias, yo le presentaré con mi mano el mismo cálix que mi Salvador le habrá presentado por mi salvación; en este cálix yo ofreceré Dios á Dios mismo, y el mismo Dios, autor único de todo mi bien, será también el precio único de mi reconocimiento.

En tercer lugar, Jesucristo, al instituir el sacrificio eucarístico, dijo: «Esta es mi sangre, que será derramada para la remisión de los pecados.» Según estas palabras, es evidente que este sacrificio es también un sacrificio *propiciatorio*. Así, pues, en unión con toda la Iglesia y por su inspiración, lo ofrecemos por la remisión de los pecados, no sólo del pueblo cristiano en general, sino también de cada cristiano en particular, que tiene necesidad de esta propiciación divina para volver á entrar en la gracia de Dios, cuyas leyes ha violado.

Y ¿qué ofrenda podemos hacer á Dios, que sea más capaz de hacérsenosle propicio y de obtener el perdón de nuestros pecados, que la misma ofrenda que el verdadero Cordero inmaculado, su divino Hijo, le hizo de sí mismo en la cruz por los pecados de todo el mundo y cuya sangre borra los pecados del mundo? Si los sacrificios llamados propiciatorios ó sacrificios por los pecados, en la ley antigua, conseguían, en efecto, aplacar á Dios y hacerlo propicio al pueblo ó al hombre prevaricador, esto no sucedía por lo que ellos eran, sino por lo que significaban; no era esto porque se inmolaban toros ó carneros, porque es imposible, dice San Pablo, que la sangre de estos animales borre los pecados (Hebr.); sino que esto tenía lugar porque figuraban la inmolación de Jesucristo en la cruz. Pues Dios no puede encontrar fuera de sí mismo una cosa digna de sí y que le indemnice de los ultrajes que se le hacen, y sólo por la virtud y el mérito infinito de la sangre de Jesucristo puede Dios aplacarse y perdonar á la criatura que ha pecado. Y si tal era la eficacia del sacrificio de la cruz en figura, ¿cuál será la eficacia de este mismo sacrificio en su realidad? Porque en el altar no se hace otra cosa que renovar y perpetuar de una manera mística el mismo sacrificio de la cruz.

No es esto decir que basta asistir á una misa con un verdadero espíritu de humildad y de piedad para que nuestros pecados sean perdonados, sin someterlos al poder de las llaves por el sacramento de la penitencia; sino que como lo ha definido y declarado la Iglesia, reunida en el santo concilio de Trento, el sacrificio de la misa, ofrecido á Dios con el sentimiento de una verdadera fe, de un temor saludable, de una humilde reverencia y de un arrepentimiento sincero, atrae sobre nosotros las miradas de la misericordia de Dios, nos alcanza el don de la verdadera contrición, el espíritu de penitencia y la gracia de cumplir todas sus condiciones, inclusa la de la confesión, y de este modo nos prepara y nos asegura el perdón de los pecados. En este sentido atribuimos al sacrificio de la misa una virtud expiatoria y lo creemos un sacrificio expiatorio.

Nosotros creemos también que el sacrificio del altar, en virtud de su eficacia infinita, es expiatorio, no sólo de los pecados de los vivos, sino de las culpas leves de los muertos, y que él mitiga, abrevia ó hace cesar las penas de las almas del purgatorio. Conformándonos, pues, con la fe y la práctica constante de la Iglesia, que el testimonio de todos los padres y las más antiguas liturgias de todas las iglesias nos atestiguan, ofrecemos también el sacrificio de la misa por todos los fieles difuntos en general y por un difunto en particular; y es para nosotros un motivo de consuelo y de esperanza poder implo-

rar el perdón, el consuelo, la paz y la luz eterna por las almas de nuestros padres y de nuestros hermanos, muertos en la gracia del Señor y en la comunión de la fe, asociándonos á las admirables preces que la Iglesia dirige á Dios en la misa por los difuntos.

Finalmente, Dios no puede negar cosa alguna á la intercesión de su propio Hijo, que, inmolándose por nosotros y presentándose como nuestro mediador y nuestro abogado, y que teniendo la naturaleza humana como nosotros por quienes pide gracias, participa de la misma naturaleza divina con aquel que la concede. El sacrificio de la Eucaristía es, por consiguiente, también impetratorio. Así es que una de las principales partes de la liturgia de la misa son las preces que en ella se hacen. En cada misa estas admirables preces, que sólo el Espíritu Santo, el verdadero doctor y el alma de la Iglesia ha podido dictar, se repiten tres veces en honor de la Santísima Trinidad, y cada vez se pide la misma gracia por los méritos infinitos de Jesucristo, y en particular por el mérito de su sacrificio, que se ofrece en el altar, y de la comunión eucarística que á él se sigue. En estas preces no olvida la Iglesia ninguna de las necesidades, ninguna de las miserias, ninguna de las condiciones del simple fiel ni del pueblo cristiano en general. En ellas se pide por la conversión de los pecadores, por la perseverancia de los justos, por la corrección de todos los vicios, por el aumento de todas las virtudes; en ellas se pide la fuerza para los débiles, la providencia para los pobres, los socorros para los desgraciados, los consuelos para los afligidos, la conservación de la salud, la cesación de las enfermedades, la protección divina durante la vida, la fuerza para la hora de la muerte, el bienestar para las familias, la tranquilidad para los estados, el alejamiento de todos los azotes; todas las gracias para el alma, todos los auxilios para el cuerpo; la prosperidad en el tiempo y adquisición de la eterna bienaventuranza. En este sacrificio coloca su confianza todo el pueblo cristiano; en él y por él alcanza el simple fiel el remedio de sus miserias y de sus flaquezas, y la Iglesia sus victorias, sus triunfos, sus conquistas y sus virtudes.

Por el sacrificio eucarístico se tributa á la majestad infinita de Dios el culto que le es debido, se ofrece á su bondad la acción de gracias más perfecta, se implora y se obtiene el perdón del pecado, se solicitan y se alcanzan todas los auxilios y todas las gracias espirituales y corporales.

Así, pues, las cuatro especies de sacrificios de la ley antigua se reúnen en el único sacrificio de la ley nueva; él es por sí solo lo que aquellos sacrificios eran cada uno en su clase; él es sacrificio *latréu-*

tico ú *holocausto*, sacrificio *eucarístico* ó de acción de gracias, sacrificio *expiatorio* ó de remisión de los pecados, y sacrificio *impetratorio* ó el medio de pedir y obtener toda gracia. El sacrificio del altar renne, pues, en sí la virtud, la eficacia, el mérito y la gloria de todos los sacrificios.

Pero el sacrificio de la misa no acaba con la misa. Quedando nuestro divino Salvador, después de la misa, en el santo copón bajo las especies de pan consagrado, permanece allí en el estado de víctima, de sacerdote y de sacrificio. Lejos de poder expresarlos con palabras, ni aun siquiera podemos imaginar los grandes misterios que él cumple en un estado de tanta pequeñez; los clamores que eleva por nosotros al cielo, cuando parece que guarda un silencio tan profundo; el fuego del amor que le devora bajo unos accidentes tan fríos é indiferentes, ni la magnificencia y la bondad que manifiesta en el estado de una obscuridad tan perfecta. Lo que sabemos por San Pablo es, que estando insensible y muerto, en cierta manera, á nuestros sentidos, está vivo siempre para repetir en la tierra el misterio de piedad y de amor, y las funciones de intercesor nuestro, que no deja jamás de ejercer en el cielo. Lo que sabemos es, que nuestro Pacificador y nuestra Paz en persona está allí trabajando continuamente para reconciliar al mundo consigo mismo y con Dios; él está allí como la señal visible, el testimonio perpetuo, la prueba auténtica, el recuerdo vivo del amor de Dios á los hombres, y el medio más poderoso para excitar el amor de los hombres hacia Dios; él está allí como la bandera blanca de la paz y de la reconciliación, como la alianza irrevocable y eterna del Redentor con los hombres redimidos por él.

Tal es, hermanos míos, el grande, el inefable, el sublime y tierno sacrificio de la misa, objeto de tantas invectivas y de tantas blasfemias por parte de la herejía, desde Lutero y Calvino, y de tantos sarcasmos sacrílegos por parte de la incredulidad, desde Voltaire; y para cuya abolición se han hecho por ambas partes tantos inútiles como sacrílegos esfuerzos. ¡Oh pensamiento horrible! ¡Oh pensamiento tan estúpido como impío! El sacrificio es la base, el vínculo, el signo augusto, la dignidad y el esplendor de la religión. No hay religión sin sacrificio, y por esta razón comenzó él con la religión, es decir, con el mundo. Ann antes de que la ley mosaica prescribiese las diferentes especies, la materia, el tiempo, el lugar ó el rito del sacrificio, todos los pueblos habían ofrecido sacrificios, y consideraron esta ceremonia religiosa como el acto supremo de adoración debido al Dios criador y Señor del Universo. Abel y Cain, los primeros hombres nacidos de mujer, y después Noé, Melquisedech,

Abraham, Isaac, Jacob y Josef, todos ellos sacrificaron, y en todos los lugares y en todos los tiempos la religión pública se ha identificado con el sacerdocio y el sacrificio. Negar la presencia real, y por consiguiente el sacrificio de la Eucaristía, es quitar á la religión cristiana, que desecha toda otra especie de sacrificio, la única ofrenda latréutica, exterior y sensible que hace respecto á Dios la expresión pública más augusta y más solemne del culto; es quitarle todo sacrificio, es hacerla inferior al paganismo; porque todos los pueblos paganos, de diferentes maneras, han sacrificado siempre y en todas partes, y sacrifican aún.

Sí, hermanos míos, tenemos los católicos en la iglesia no sólo verdadero sacrificio, sino también el más augusto de los sacrificios, como quiera que no se diferencia sino en la manera y forma de ofrecerse del que ofreció Jesucristo en la cruz; es la perpetuación, como hemos dicho, de éste, y si es lícito hablar así, su repetición. Tenemos, pues, en él un holocausto que ofrecer, para dar á Dios toda la gloria de que es digno; una acción de gracias, cual lo merece la infinita misericordia de Dios, una expiación para la remisión de todos nuestros delitos y pecados, y un medio eficaz de impetrar y obtener toda gracia con este sacrificio; en una palabra, aplacamos la justicia de Dios y nos hacemos propicia la divina misericordia, la cual es prenda segura de la eterna bienaventuranza. *Amén.*